

¡El bufón es señor!... Su ejército se ensancha
por toda la llanura solemne de la Mancha.

Y toma las entradas de todos los senderos
Padilla con su negra turba de comuneros.

Y se embosca, en lo obscuro de los sotos reales,
el de Luna con su tropa de nacionales.

Y, como es justo, el mando de aquella fortaleza,
solitaria en la noche y esquivada en la maleza,

por el derecho y contra la última corona,
toma el Cid, desnudando de un trazo su Tizona.

... Vendimiión, que volvía tranquilo por la senda,
ve armada, ante sus ojos, fulminar la leyenda.

Llama al bufón, y el fiero bufón, cuando le llama,
«¡Derecho, Imposición, Soberanía», clama.

El último monarca la hollada frente inclina,
como un sol que se apaga detrás de una colina;

y con una senil debilidad, con una
dejadez elegante que conoció el de Luna,

sentado en una roma piedra de la montaña
— como Boabdil —, derrama lágrimas sobre España...

VENDIMIÓN ASTRAL

— Yo quiero verte donde estás vencido
y en la ceniza te han aprisionado;
y tu mandíbula no encuentra bocado
y tu poder ya no tiene sentido.

Yo quiero verte donde no haces ruido
y eres más fofo que fuego apagado,
y una voz mía te empuje, arrecido,
como huracán barriendo un nublado.

Yo quiero verte sin nada á tu lado;
yo quiero verte bien solo; medido
solo en tu misma medida, abrigado,
por una vez, en tu propio vestido.

Yo quiero verte, volcán extinguido,
y corazón de monstruo extirpado,
y aire en el aire, sin cuerpo pesado,
y entraña abierta sin hijo nacido.

Yo quiero verte vencido, vencido...

I

EL ASTRO VACÍO

Esta pupila humana que ayer amenazabas,
es la única luz en el astro vacío;
y este pie, sobre la dureza de las lavas,
la única agilidad en el sopor baldío.

Formas de ebullición y dispersión cuajadas,
predican la quietud eterna á mis miradas;
y un cráter, bostezando en la inmovilidad,
se traga, sin medirla, toda la inmensidad...

Si hay viento, pasa sin rumor por esos llanos;
si hay agua, está cuajada dentro de los pantanos;
no hay ojo que distinga, en la quietud del suelo,
si el hielo se hace piedra ó si la piedra es hielo.

Hace una eternidad que está, en vano, el oído
acechando el anuncio prodigioso de un ruido;
hace siglos que, acaso, una mano inició
un gesto que, sin huella palpable, se perdió...

II

SOLEDAD DEL ASTRO

¡Oh, dulce soledad, ausencia de las cosas!...
Yo he gustado tus resonancias armoniosas.
Ánfora con sabor del vino que ha guardado,
yo me he sentido, en tu relente, confortado.

¡Oh, soledad, después del tumulto; extraída
como un zumo del graso racimo de la vida;
en la paz de las cosas, lo mejor de los seres:
luz, con gritos de niños y risas de mujeres!

¡Oh, soledad! ¡Oh, vida segunda vez gustada!
¡Oh, soledad! Aquí eres palabra profanada;
¿cómo encontrarme solo, donde no sentiría
mi soledad, en la pasada compañía?

En la ausencia de vida, á mí mismo me pierdo:
¡oh vértigo indecible de hallarme sin recuerdo!
— Como nieve, al azar de la tormenta adversa,
por todo el astro, mi conciencia se dispersa...

III

SUPPLICIO DEL ASTRO

¡No ser!, constante ausencia de la vida inminente;
lucha sin voluntad y sin dolor; corriente,
al borde mismo del abismo, detenida
en el pánico eterno de la eterna caída...

Ansiedad de lo inmóvil espectral y expectante;
¡suplicio de tener la eternidad delante!...
— Como una fiera apocalíptica, montada
por el miedo, de espalda duramente enarcada,

que se hace atrás con una tenacidad violenta,
enconando los ángulos de toda la osamenta,
y no quiere avanzar porque olfatea el rastro
de algo horrible delante, á mis ojos, el astro

petrifica este gesto de un espanto remoto.
Se le erizan las rocas ante el misterio ignoto;
sufre un cósmico hechizo, que no tiene conjuro,
en el constante pánico del prodigio futuro.

IV

ANSIAS DE CREACIÓN

Y este prodigio yo puedo traerlo; basta
un gesto de mi mano en la atmósfera vasta
para que, roto el hielo de su inmovilidad,
mi profanación haga nacer la tempestad.

Rodarían los montes en el gran cataclismo;
oprimidas saldrían las aguas del abismo;
en el choque espantoso de las rocas, el fuego
su melena de llamas vibraría.

Un trasiego

se haría, por los valles, de arenas y de limos;
hincharían los líquenes sus primeros racimos;
tras del asalto rudo, la materia, afanosa,
rumiaría en los hondos su ebullición gloriosa...

Las hullas, escupidas del fuego, crujirían;
la vida alentaría poco á poco... Y serían
el vegetal, la carne, la mujer, el Amor...
¡oh, deliquio infinito del primer Creador!

V

SE INVOCA Á LA HUMANIDAD

¡Tú, mi tormento, y tú, mi gloria, Humanidad,
que la tuya acompañe toda mi voluntad!
Soy tuyo, y la materia se me muestra reacia;
tú me has dado el deseo: ¡añade la eficaz!

¡Oh, lo íntimo mío busca lo íntimo tuyo!
Humanidad, deidad á quien me substituyo,
el fuego con que me forjaste necesito:
¡tu poder, tu poder, aunque sea delito!

Esta enorme ansiedad me atosiga.

Espectral,
el astro me alucina como un vasto cristal;
con el suplicio bárbaro de lo informe me tienta;
dentro de mis entrañas mi alma es una tormenta.

No volveré, con este suplicio, á lo diurno:
¡daría horror al mundo mi perfil taciturno!
— No: ¡la muerte, en el astro, si, con mi muerte, puedo
romper esta absoluta quietud, que me da miedo!

VI

EL POETA PENETRA EN EL ASTRO

Las formas, que no tienen forma, se multiplican,
y hace ya que camino... ¿cuántos siglos?...

Radican
mis pies en la materia, sin contacto; mis pasos
duran eternidades impalpables... — ¡Oh, grasos

senderos de mi Tierra querida! ¡Oh, madre Tierra,
con las playas, los llanos, la vertiente y la sierra!
¡Oh, armonía incesante del agua de los ríos!
¡Oh, gritos en los valles, esquilas, rumoríos!

Este mortal silencio me aniquila. — Tendría
ya, en la Tierra, la barba flotante; cortaría
de aquel roble, hace siglos no entrevisto, una rama;
me iría, en los ocasos, por las sendas con grama...

— Rapaz, ¿no te han hablado de un misterioso Abuelo?
Dime, dime: ¿qué cosas cuentan de él, rapazuelo?
... Pero no... ¿Dónde he muerto, que no hay nadie á mi lado?
¡Oh Amor, que me movías, y me has abandonado!

VII

FORMA DE AMOR

¡Oh, Deliciosa!... ¿para mí, de dónde mueves?,
¿qué virtud es la tuya, que á profanar te atreves
esta quietud?... ¿qué buscas, tan sola, en este abismo?,
¿me miras desde lejos, ó te llevo en mí mismo?

¡Oh, Deliciosa! ¡Oh, flor de carne! ¡Oh, Deliciosa!...
Toda la suavidad de tu esbeltez radiosa
me alucina. Á besar tus pisadas me arrastro,
y te llamo... y me huyes, por la impiedad del astro.

¡Oh, tú, resplandeciente! ¡Oh, tú, graciosa y vival!
¡Oh, tú, tan impalpable! ¡Oh, tú, tan fugitiva!
Has pasado... He sentido mi corazón deshecho
caldearse en la luz de aurora de tu pecho...

Te encontraré... ¡has dejado tu gesto en el vacío!
Te sigo, jadeando... ¡Amor, destino mío!
— Por detrás de esta roca pasaste... Su aspereza
te oculta... ¡La derrumbo!...
— ¡La Creación empieza!

VIII

LA LEY DE VIDA

¡Agitaré mi antorcha en la gran resonancia!
¡Pondré mi ley sobre esta magnífica abundancia!
Agua, fuego y tú, tierra, y tú, viento, y tú, roca,
¡morded como mis dientes, besad como mi boca!

¡Cogedme entero en vuestras contorsiones violentas!
¡Robadme las ideas para vuestras tormentas!
¡Sepultadme el espíritu en vuestra arquitectura,
y á los cuatro horizontes llevaos mi figura!

¡Agitaré mi antorcha en vuestra actividad!
¡Inflamaré, en mi antorcha, toda la eternidad!
Mi deseo os ha hecho palpitar, despertando,
¡y eternamente ya seguiréis palpitando!...

¡Oh, deseo inmortal!
Yo reconozco enteras
tus ansias en el celo futuro de las fieras...
— Pero torna á reirme... No me seas esquiva,
¡oh, tú, tan impalpable!, ¡oh, tú, tan fugitiva!...

IX

EL ASTRO VIVE

Oigo el rumor insólito de una palpitación,
corren venas de fuego por el gran corazón,
entra el aire, moviendo el colosal pulmón,
nace un mundo, solemne como una religión...

Todo resuena en todo, por la vasta extensión;
cada valle retumba de una sorda invasión;
cada mar se separa con una conmoción;
la Tempestad cabalga sobre la inundación...

Un vaho denso cubre la intensa ebullición;
todo el astro se envuelve en la evaporación;
torno á perderme en el delirio de la acción...
Si esto es muerte, ¡que no tenga resurrección!

¿Qué efluvios míos caen sobre el astro en fusión?...
Mis sentidos se pierden en una dispersión,
mi boca besa como para la gestación,
¡oh, detente y no acabes, Creación, Creación!

X

ASTRO PARADISIAL

Ya es verde todo el astro, Venus, como tus ojos...
Verde el musgo, y las yedras, y los líquenes flojos,
y los móviles velos de las finas lianas,
y los anchos arbustos, y las aguas lejanas,

y la frondosidad combada y movediza,
como un mar, de los árboles...

— El aire se desliza,
suave, en la vibración de tanta hoja menuda;
la luz cierne el tesoro de su viveza cruda

en el verdor profuso y embalsamado; agita
cada fronda su vaso rebosante, y crepita,
finamente lumínico, finamente sonoro,
el polen, diluyéndose por el aire de oro...

En la mañana tibia de lo paradisial,
el astro pone un vago desperezo nupcial...
— ¡Oh, vive, y que en mis brazos entera te reciba
á ti, viva y activa, lasciva y fugitiva!...

XI

EVA

... Y tú, que me has movido á crear; que regías,
antes de tomar carne, todas las ansias mías;
que eres toda mi fuerza y todo mi destino,
mi camino en la acción, mi acción en el camino;

y tú, que no discrepas, en un punto, de Aquella,
sobre todas gloriosa y sobre todas bella,
que á mis palabras muertas da significación,
y generosamente manda en mi corazón;

y tú, mujer, y tú, mujer — que ya es medida
tu nombre del sentido glorioso de tu vida —,
cuando te estoy llamando, cuando llego á tu lado,
furioso del deseo para el que te he creado,

¿dejas, en tu regazo, caer tus brazos graves,
y dolorosamente me miras, y no sabes
que tu Señor te adora?... ¿qué tormento te aflige?
¿qué velo hay en tus ojos que te los ciega?...

— Dije.

XII

EVA

... y Ella me respondió:

— Señor, heme : he pecado.

Fué tu soplo, Señor, que sobre mí ha pasado;
tu soplo, en la caricia líquida de las fuentes,
y en la luz, y en los ojos verdes de las serpientes.

Fué tu soplo, Señor, que, en la diafanidad
del aire, disipó toda mi voluntad...
Él estaba á mi lado, Señor, y nos unía
tu soplo, en aquel tibio silencio de la umbría.

Todo mi llanto y toda mi religión, Señor,
para tu mano amada y temida... Mi amor,
este don tuyo, que me sacó del abismo,
este glorioso fuego, Señor, que eres tú mismo;

como yo de ti, él, de mí, lo ha recibido...
Y ahora dudo, Señor, del oficio cumplido;
heme, que estoy desnuda, y en mi boca marchita
siento la mordedura de una sed infinita.

XIII

EL ENEMIGO

¡Te evocaré, al influjo del número maldito!...
— ¡Oh, Enemigo, nacido del misterio infinito
de mi poder! ¡Oh, yo contra mí! ¡Oh, yo adverso!
¡Para ti los elogios y el dolor de mi verso!

Quise verle.

Tenía la hermosura fatal
que me ha faltado siempre. Una pupila astral
en donde había effluvios satánicos; la frente
voluntaria y serena; fina la boca; ingente

la melena en su testa de rebelde... Movía
ágil, en la viciosa profusión de la umbría,
su cuerpo esbelto y noble, pálido y vigoroso;
y tenía el perfil tranquilo y desdenoso.

¡Oh!, de mi alma á la suya satánica, ¡qué abismo!...
¡Oh, maldición! La planta moví, desconsolado;
él volvió la cabeza; ella estaba á su lado;
le abrazó..., ¡y el abrazo lo recibí yo mismo!

XIV

BENDICIÓN

¡Por siglos de los siglos, bendición!

Aunque en vano
se han abierto mis brazos y he tendido mi mano,
mujer, que por mí vives y que de mí has huído,
¡bendición!

Tú, Enemigo, de mí mismo nacido;

tú, por quien es ya mío lo que yo no deseo;
tú, por quien ya presiento todo lo que no veo;
tú, sombra mía, inexpresada é inefable,
en quien viven las cosas de las que yo no hable;

tú, mío doblemente, que estás donde no estoy;
tú, que, mientras yo viva, serás lo que no soy;
tú, también, ¡sé bendito!... Ahora empieza su vida
mi creación, extraña á mi voz, redimida

de mi poder... Tú acabas de librarla, Enemigo;
toda mi obra te entrego, como todo castigo.
— He aquí, los astros pasan, siguiendo su carrera,
y mi alma, como un cáliz sin vino, está ligera...

XV

SE VE PASAR Á VENDIMIÓN

Dejé el Astro..., y tú sabes que lloré, Vendimión;
¡tú nada más, en toda la vasta Creación!...
Lloré, en mi soledad de creador, augusta;
mi obra, fuera de mí, se me negaba, adusta.

Dejé el Astro..., y tú sabes que luché, Vendimión,
para librarle de toda desolación;
tus alas de murciélago enlutaban aquellas
sendas, desde las cuales me salí á las estrellas.

Te vi entrar en el Astro... Dijiste, Vendimión :
— ¡Pasto nuevo, en tus obras, le das á mi ambición! —
Como una nube y como un vendaval, caíste
sobre la criatura, recién hecha; tendiste
al racimo maduro la zarpa...

¡Cruzó un rastro
de sangre la serena virginidad del Astrol...

No era Dios. — Vi el horror de la devastación. —
No dije las palabras de la condenación;
entré, de nuevo, á ser parte en mi creación,
y hablando á mi Enemigo, le grité :
— ¡Rebelión!

VENDIMIÓN COMBATIDO

PRIMERA PARTE: HÉRCULES Y VENDIMIÓN